

## EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

A IGNACIO PEREZ SALAZAR

Treinta y tres años cumplidos,  
 Ancha la espalda, alto el pecho,  
 Estatura que disfraza  
 El tosco vigor del cuerpo.  
 Ojo vivo y penetrante,  
 Corto el pob'ado cabello,  
 Sin un asomo de barba,  
 El bigote escaso y recio;  
 Handido sobre las cejas  
 Ancho y oscuro sombrero;  
 Ninguna insignia en el traje,  
 Ningún militar arreo,  
 Siempre prudente y callado,  
 Siempre vestido de negro;  
 Con una calma y un modo  
 Tan natural, tan modesto,  
 Que más al verle semeja  
 Humilde y franco labriego.  
 Que luchador indomable  
 Y temido guerrillero,  
 A quien los franceses nombran,  
 Por su arrojo y su denuedo,

El león de las montañas,  
 Y que en reñidos enen-tros,  
 Lo mismo en Venta del Aire,  
 Zitácuaro y Angangaeo,  
 Probó bien cuanto á su pátria  
 Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate  
 Llegó á contemplar de lejos,  
 Pues acompañado ó solo  
 Entraba siempre el primero.  
 Nunca contó al enemigo,  
 Que donde estaba sabiendo,  
 Se apresuraba á encontrarle  
 Valiente pero sereno  
 Como todos reposado,  
 Y más que todos, resuelto;  
 Al comenzar el combate,  
 Al enemigo embistiendo,  
 Ni la cabeza inclinaba  
 Para acometer e ciego,  
 Ni con destemplados gritos  
 Daba á sus huestes aliento,  
 El valor á sus soldados  
 Brotaba con solo verlo;  
 Que una enseña es su figura,  
 Su calma estoica un ejemplo  
 Nada resiste á su empuje,  
 Y abre un camino su acero  
 Por el que va la victoria  
 Siempre sus huellas siguiendo.  
 Los enemigos le temen;  
 De la noche en el silencio  
 Por todas partes esperan  
 Como á un tigre sorprenderlo,  
 Mas no valen emboscadas  
 Yes vano cualquier intento,



Que siempre burla sus planes,  
De barata sus proyectos,  
Y los humilla y los vence,  
Y á tanto llega su esfuerzo,  
Que como un ser protegido  
Por insondable misterio,  
Le miran propios y extraños:  
Tal es Nicolás Romero.

## II

No tuvo Riva Palacio  
En aquel glorioso tiempo  
Un soldado más adicto  
Ni un amigo más sincero.  
Y cuéntese con que andaban  
A su lado: Luis Robredo  
Que en Tacámbaro sucumbe  
A los belgas combatiendo;  
El coronel Luis Carrillo,  
Que en los moros de Querétaro,  
Al frente de sus soldados,  
Exhaló el postrer aliento;  
Y Bernal, que en Uruápam,  
Asaltando un parapeto  
Dejó escaparse la vida  
Por ancha herida en el pecho.  
Y otros seres cuyos nombres  
En el polvo se escondieron,  
Y quedan allí esperando  
Que la Historia, juez supremo,  
A la vida de la gloria  
Los llame por justo premio.  
Por eso, como entre todos  
Descuella el bravo Romero.  
Y como todos lo juzgan  
En campaña el más experto,

Dispone Riva Palacio  
Dejar á su mando el cuerpo  
Que ha combatido sin tregua  
En el Estado de México,  
Mientras él marcha á encargarse,  
En Michoacán del Gobierno,  
Y á reunir las divisiones  
Del Ejército del Centro.  
Trascurren algunos días,  
Y órdenes tiene Romero  
De ir á Tacámbaro á unirse  
Con el resto del ejército.  
Obedece como siempre.  
Precipita los aprestos,  
Y ya lista su brigada  
En marcha se pone luego.

## III

Es azarosa y terrible  
La vida del guerrillero,  
Pero lo fué más que nunca  
Sostenida en aquel tiempo  
Cuando flotaba triunfante  
La bandera del Imperio,  
Y árbitro de nuestra suerte  
Era Napoleón tercero.  
El porvenir asomaba  
Mostrando en el turbio cielo  
Anchas nubes tormentosas,  
Tristes horizontes negros,  
Y al pendón republicano  
Miraba con torvo ceño  
La victoria, sin dejarle  
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!  
Unos vivos y otros muertos:



Vuestra abnegación a sombra  
 En esa lucha, teniendo  
 La muerte siempre á la vista;  
 Y sin esperar el éxito  
 El mundo os miró luchando,  
 Que no soñabáis más premio  
 Que combatir por la patria  
 Y morir por sus derechos.  
 Hasta ignorabáis, humildes,  
 Que de noche, en el silencio,  
 Cuando las rojas hogueras  
 Alumbran los campamentos;  
 Pasaban entre las sombras,  
 Vuestra causa bendiciendo,  
 Tres espíritus sublimes  
 Que os dieran heróico ejemplo.  
 ¡H delgo! de vuestras glorias  
 Impulso, móvil y centro;  
 Con él, un héroe que fuera  
 De la Independencia el genio:  
 El invencible de Cuautlal  
 El intachable Morelos!  
 Y con ambos la más viva  
 Encarnación de este pueblo:  
 El águila desu escudo.  
 ¡El indomable Guerrero!  
 ¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados de pueblo!  
 Los que tuvisteis por tienda  
 Praderas, montes y yermos,  
 Harapos por uniforme  
 Y abrupto peñón por lecho!  
 Sonará siempre mi lira  
 Con algún acorde tierno,  
 Al repetir vuestros nombres  
 Y al relatar vuestros hechos.  
 ¡Cuán! os dormís en el polvo!

¡Cuántos, ya tristes y viejos,  
 Entre olvido y amargura,  
 Vivís de vuestros recuerdos!  
 Perdidas las ilusiones,  
 Y la fe muerta en el pecho,  
 Contáis vuestras breves horas  
 Envidiando á los que han muerto.  
 Mi voz pretende sacaros  
 De tan hondo abatimiento.  
 Que si en alas polvorosas  
 Lleva esas glorias el tiempo  
 Yo que nací mexicano,  
 Arrabatar, ellas quiero,  
 Y como un grupo de soles  
 Mostrarlas al Universo:  
 ¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!  
 Como vergel escondido  
 Entre montes gigantescos,  
 En donde limpios arroyos  
 Fertilizando aquel suelo,  
 Cruzan entre las parotas,  
 Retaza entre los ceibos,  
 Y se ocultan en la grana  
 Y después brotan ligeros,  
 Brindando con sus cristales  
 A los ganados sedientos,  
 Mientras se posan las garzas  
 En los hojosos granjenos,  
 Y las guacamayas cruzan  
 Con tardo y pausado vuelo;  
 Hay un grupo que semeja  
 Un palomar pintoresco,  
 Formado de blancas chozas,



En donde habitan contentos  
 Con sus familias humildes  
 Francos y altivos rancheros  
 Cerca de cuarenta leguas  
 Distará el naciente pueblo  
 De Zitácuaro, medidas  
 Sobre escabrosos senderos;  
 Papazindán se le llama,  
 Y de la guerra el aliento  
 No ha nublado todavía  
 El limpio azul de su cielo.  
 Una mañana se miran  
 A los ardientes reflejos  
 Del sol que nace, esos campos  
 Poblados de guerrilleros.  
 Allí pasaron la noche,  
 Allí se ve el campamento  
 Que formó la infantería  
 De la Cañada en el centro,  
 Y son aquellos soldados  
 Que inspiran amor al pueblo  
 Los que en constante campaña  
 Manda Nicolás Romero.  
 No esperan al enemigo  
 Y como libres de riesgo,  
 Olvidando las fatigas,  
 Descansan todos contentos.  
 De súbito, se oyen tiros  
 Y blasfemias y denuestos,  
 Y como huracán terrible  
 Que no espera el mar sereno,  
 Destrozando la maleza  
 Y la tierra estremeciendo,  
 Furiosos se precipitan  
 Enemigos regimientos,  
 Acuchillando á su paso  
 Y el espanto difundiendo,

Sin dar á los más osados,  
 Para defenderse, tiempo.  
 Tras ese alud de jinetes  
 Los infantes vienen luego,  
 Y lo que aquellos comienzan  
 A consumir llegan éstos.  
 Nada resiste á su empuje,  
 Y muertos ó prisioneros  
 Quedan los que no han podido  
 Ir por el bosque dispuestos.  
 Nada se sabe del Jefe,  
 Los franceses con empeño  
 Por todas partes preguntan  
 Si ha quedado vivo ó muerto:  
 Mas como nada descubren  
 Y al combate han dado término,  
 Para descansar escogen  
 El lugar de aquel siniestro.  
 Dos horas después se mira  
 Tan tranquilo todo aquello  
 Que un grupo de zuavos ríe  
 Contemplando á un compañero  
 Que en pos de arrogante gallo  
 Corre afanoso y violento.  
 El animal, ya rendido,  
 Por salvarse emprende el vuelo  
 Y entre las ramas de un árbol  
 Esconde el pintado cuerpo.  
 El zuavo llega en su busca,  
 Aza los ojos atento,  
 Y descubre, entre el ramaje,  
 Recatado un bulto negro,  
 Lanza un grito de sorpresa,  
 Requiere el arma violento,  
 Y con grandes voces llama  
 A todos sus compañeros.  
 Acuden, miran, discuten,



Gritan y le intiman prestos  
 Que descienda, si no quiere  
 Que sobre él rompan el fuego.  
 Muévense entonces las ramas,  
 Y lentamente, sin miedo,  
 Baja por el tronco un hombre  
 Que está vestido de negro.  
 A tal novedad acuden  
 Más jefes y subalternos,  
 Qué á la par que lo contemplan  
 Le forman círculo estrecho.  
 No le conoce ninguno,  
 Más él, á todo resuelto,  
 Les dice con voz tranquila:  
 «Yo soy Nicolás Romero.»  
 Al escuchar ese nombre,  
 Temido por todos ellos,  
 Y al contemplar desarmado  
 A quien vencido no vieron,  
 Asema en todos los rostros  
 Con el asombro el contento.  
*El león de las montañas*  
 Presa del destino ciego,  
 Mas debe al propio infortunio  
 Que del contrario al esfuerzo  
 Hallarse entre los franceses  
 Desarmado y prisionero.

Aunque el sol naciente brilla  
 Con deslumbrantes reflejos,  
 De la ciudad opulenta  
 Sobre el trasparente cielo;  
 Hay algo que no se explica,  
 Que pesando sobre México  
 Hace que la luz se mire

Con un color ceniciento,  
 Y a'umbre calles y plazas  
 Como la antorcha de un féretro.  
 Los ánimos conturbados,  
 Los corazones opresos,  
 Tristeza por todas partes,  
 Por todas partes silencio.  
 El menos sagaz comprende  
 Que se prepara un suceso  
 Tan triste tan pavoroso,  
 Tan terrible, tan funesto,  
 Que al presentirlo semeja  
 La ciudad un cementerio.  
 Desde que rayó la aurora,  
 En la penumbra se vieron  
 Marchar silenciosamente  
 Del enemigo extraño  
 Los pesados escuadrones,  
 Los compactos regimientos,  
 No distante de la plaza,  
 En el oriental extremo  
 De la ciudad se descubre  
 Vecina de los potreros  
 De Aragón, desierta plaza,  
 De triste y mísero aspecto.  
 Cierran su humilde recinto  
 Albergues de carboneros,  
 Y pobres chozas que alfombran  
 Guijarros y polvo seco.  
 Es la plaza de Mixcalco,  
 Que á todos infunde miedo  
 Por ser sitio en que la pena  
 Capital sufren los reos;  
 Le ha regado mucha sangre;  
 Muchos el póstrer aliento  
 Lanzaron allí, mirando  
 A quel contrao siniestro



Por eso los grises muros  
 Del ángulo norte izquierdo  
 Son conocidos por todos  
*Como el rincón de los muertos.*  
 Va lentamente á esa plaza,  
 En gruesas ondas el pueblo,  
 En pos de los batallones  
 Que van llegando en silencio.  
 Fórmase el cuadro, se alinean  
 Los zuavos en primer término,  
 Y entre sus filas asoman  
 Las archas bocas de fuego.  
 De rás cazadores de Africa,  
 Que con su marcial aspecto  
 A la inquieta muchedumbre  
 Imponen mucho respeto.  
 Alza ce un rumor de pronto,  
 Como el mar que ruga fiero,  
 Abren paso los soldados,  
 Entra todo en movimiento,  
 Y en el cuadro se presenta  
 El fanerario cortejo  
 Con el que van al cadalso  
 Cuatro mártires del pueblo.  
 Era el uno Roque Flores,  
 Un valeroso sargento;  
 El otro Encarnación Rojas,  
 Alférez del mismo cuerpo;  
 Higinio Alvarez, altivo  
 Comandante, muy apuesto,  
 En un tricolor zarape  
 Con suma elegancia envuelto;  
 Y con ellos muy tranquilo,  
 Como quien marcha á paseo,  
 El valor en la mirada  
 Y fumando y sonriendo,  
 Al pat bu o gler oso

Llegó Nicolás Romero.  
 Fó mase á los cuatro en fila,  
 Reina fúnebre silencio,  
 Los tiradores preparao,  
 Se da la señal de fuego,  
 Y al tronar de los fusiles,  
 El grito de ¡Viva México!  
 Brotando de aquellas bocas,  
 Van con su postrer aliento  
 Por el cielo de la patria  
 En nubes de gloria envuelto.

## VI

¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!  
 Sobre vuestras tumbas crecen,  
 Inmarcesibles y eternos,  
 Los laureles con que adornan  
 Los inmortales sus templos.  
 Huiades desde la cuna,  
 Nacisteis en el silencio,  
 Y á la luz del patriotismo  
 Que se encendió en vuestros pechos  
 La historia imparcial, severa,  
 Grabó con bñil de fuego  
 Vuestros nombres en sus altos,  
 Perdurables monumentos!



## EL TORDO

(21 DE MAYO DE 1866)

A MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ

Como un nido de pa'otas  
 Que se esconde en las cañadas,  
 Debajo de un cielo hermoso  
 Azul, sereno y sin manchas,  
 Está Huejutla, la cercana  
 Sus pintorescas montañas;  
 Bellas flores la perfuman  
 Y tres arroyos la bañan.  
 A la luz del sol naciente  
 ¡Cáun risueños se destacan  
 Sus tejados siempre rojos  
 Y sus casas siempre blancas!  
 Huejutla, es la arteria rica  
 Que vida y vigor derrama,  
 De la Huasteca á la Sierra,  
 Que las estrecha y enlaza,  
 Como llave y como centro  
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días  
 De la intervención extraña,  
 Fué el Imperio en Huejutla

Buena parte de sus armas,  
 Más de cuatrocientos hombres  
 A la ciudad resguardaban,  
 Provistos de cuanto puede  
 Ambicionarse en campaña.  
 Llegó el veintiuno de Mayo  
 Del sesenta y seis. Erraba  
 El gran Juárez manteniendo  
 Pura de la ley el arca,  
 Por los áridos deiertos  
 Y los montes de Chihuahua.  
 Como Mayo es mes de gloria  
 Que en nuestros fastos resalta,  
 A los libres de Huejutla  
 Les llenó de fuego el alma,  
 Y un humilde hijo del pueblo,  
 Moreno, de anchas espaldas,  
 De ojos negros y brillantes  
 Con expresivas miradas,  
 Antonio Reyes, un pobre  
 Capitán que lamentaba  
 Ver en su tierra nativa  
 A las fuerzas del monarca;  
 Agrupó veintitres hombres  
 De los de más temple y alma,  
 Y les dijo: "vamos todos  
 A morir por nuestra causa,  
 O á expulsar de nuestro suelo  
 A los que tanto la infaman."  
 Y sin otros elementos  
 Que mal parque y pocas armas,  
 Intentó dar un asalto  
 El veinte por la mañana,  
 Pero el cielo abrió inclemente  
 Sus horribles cataratas  
 Y frustró todos los planes  
 Que Antonio Reyes fraguara.



Con trabajos espantosos  
 Los que en el secreto estaban  
 Secando á medias el parque  
 Esperaron la alborada  
 Y Reyes pidió á sus hombres  
 Que librarán la batalla  
 Llevando los piés desnudos  
 Para que nadie escapara.  
 Y así, de calzos, y llenos  
 De fe, de valor, de rabia,  
 A las tropas imperiales  
 Sorprenden con tal audacia  
 Que ni éstas se dieron cuenta  
 De quienes las atacaban  
 Ni dispusieron de tiempo  
 Para resistir la carga.  
 Tan violento fué el ataque  
 Que ya desmoralizadas,  
 Dejando cien prisioneros  
 Abandonaron la plaza  
 El osado Antonio Reyes  
 A quien "El Tordo" llamaban  
 Sus compañeros y amigos,  
 Fué el más bravo en la campaña.  
 Y á tiempo que la victoria  
 Coroó sus espaldas,  
 Y á tiempo que decía á todos:  
 Vencimos! ¡Viva la Patria!  
 ¡Un proyectil alevoso  
 Le penetra por la espalda  
 Y apaga el brillo en sus ojos  
 Y en sus labios las palabras,  
 ¡Viva el Tordo! repetían  
 Los ecos en las montañas,  
 ¡Van Huejutla y sus hijos  
 Que alzan las frentes sin manchas!

Etre tanto, habían dejado  
 Los imperiales la plaza,  
 El sol de Mayo vería  
 Rayos de amor y esperanza  
 Y al aire daban sus voces  
 De entusiasmo las campanas  
 Y ell sobre toscas piedras  
 En roja sangre empapadas,  
 Antonio Reyes «El Tordo»,  
 El héroe de aquel a hazaña,  
 Rígido, inerte, sin vida,  
 En su semb'ante irradiaba  
 La gloria, la inmensa gloria  
 Del que muere por la patria.

.....

1891



## Primero es la Patria!

A mi fraternal amigo Rafael de Zayas Enriquez

Ahena por el oriente,  
Entre cejales de plata  
Y disipando las sombras,  
Aparece la mañana;  
Cuando el eco desprecioso  
De la diestra montaña,  
El estampido sonoro  
De cañón difunde alarmas.  
Principales los belgas  
Que a T. cámbaro resguardan.  
En las trincheras se agolpan  
Y el combate se preparan.  
Ya de una altura descienden  
Las fuerzas republicanas  
Y vibran de las cornetas  
Las notas limpias y claras.  
Se miran los batallones,  
Que denso polvo levantan,  
Marchando pausadamente  
De las lomas por la falda.  
La división es ajuilla  
Que en la con tanta campaña

Del Ejército del Centro  
Nicolás Régules mandó.  
En el acúen anse muchos  
Jóvenes en cuyas almas  
El patriotismo ha encendido  
Su pura y ardiente llama,  
Que al llevarlos al combate  
Vencer ó morir les manda;  
Los estimula y anima  
Luis Robredo, y le acompaña  
De valor y de fe lleno  
José Vicente Villada.  
Va á comenzar el combate,  
De prisa el sol se levanta  
Y los ayudan es cruzan  
Entre columnas cerradas;  
Se apresta la artillería  
Y ocupan la retaguardia  
Los escuadrones formados,  
Y listos para la carga.  
Ya los Jefes impacientes,  
Sólo la señal aguardan  
Para emprender atrevidos  
El asalto de la plaza.  
Ya Régules se dispone  
A dar la voz esperada,  
Cuando llega un hombre á escape  
Corriendo desde la plaza.  
El General a mirarle  
Le tiende la mano franca  
Y con gran fatiga el otro  
Le dirige la palabra.  
—Que no hagan fuego, le dice,  
Que en la trinchera cercana,  
En esa que se divide  
De la ciudad á la entrada,  
Han colocado los belgas,



Al rayar de la mañana,  
 A los que usad en el mundo  
 Más considera y más amas:  
 ¡Están tu esposa y sus hijos!  
 Pues quiero, si usted atacas,  
 Que reciban los primeros  
 La mortífera descarga.—  
 Régules queda en silencio;  
 Y luego con mucha calma,  
 A los artilleros gaitas:  
 —¡Fuego! ¡Primero es la patria! —  
 Al sonar su voz, reumban  
 El cañón y se levanta  
 La espantosa gritaría  
 De las columnas en marcha.  
 Pero un eco más terrible.  
 Régules siente en el alma,  
 Pensando donde la muerte  
 Llevado habrá la metálica.  
 Sus ojos no se humedecean,  
 Ni su faz se torna pálida,  
 Y solo en el entrecejo  
 Sus pensamientos se marcan.  
 —Avancen, les grita, avancen,  
 Y, haciendo brillar su espada,  
 Entre densas nubes de humo  
 Impasible se adelanta.  
 ¡Con cuánto valor defienden  
 Los imperiales la plaza!  
 ¡Con cuánto arrojo combaten  
 Las huestes republicanas!...  
 Suyas las primeras líneas  
 Después de tenaz batalla,  
 Los asalantes ocupan  
 Trincheras, calles y casas.  
 Reconcéntranse los belgas  
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia  
 Terrible y desesperada.  
 La gente va resbalando  
 De fresca sangre en las charcas,  
 Y hay tantos muertos, que oponen  
 Dificultad á la marcha.  
 Los soldados tropezando  
 Y cayendo se adelantan  
 Hasta cercar la parroquia  
 Entre una lluvia de balas.  
 Allí cubierto de gloria,  
 Y de la patria en las aras,  
 El coronel Luis Robredo  
 El último aliento exhala.  
 Tras dos horas de combate  
 La tropa mira sombrada  
 Que la iglesia se corona  
 Con un penacho de llamas  
 Cuando el fuego, el humo denso  
 E inmensas nubes se escapan  
 Y en remolino de chispas  
 Por las aberturas montañas;  
 Y se estremecen los muros,  
 Y las puertas se desgajan,  
 Y crujendo se desploman  
 Los techos sobre las masas.  
 Los imperiales se rindean,  
 Y de la heroica batalla  
 El éxito y el arrojo  
 Lleva en sus ecos la fama;  
 Y cuando ya la victoria  
 Abandona alegres diadas,  
 Régules vuelve á sus hijos,  
 Vuelve á su esposa, y se pasma,  
 De ver como respetaron  
 Sus corazones las balas;  
 Y al estrechar en sus brazos



Aquellas prendas del alma,  
 Escucha como repite  
 En torno suyo la fama,  
 Grabándolas en la Historia,  
 Aque' las nobles palabras  
 Que mas que Guzmán el Biero  
 Y mas que un hijo de España,  
 Lanzó diciendo á sus tropas:  
 "¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"

## El canje de prisioneros

A la memoria del Inmaculado Caudilla  
 de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta  
 Que fué en los tiempos de an'año  
 Residencia de virreyes,  
 O gullo de los vasallos  
 Y emporio de las riquezas  
 De este sue'lo mexicano,  
 Donde aztecas y españoles  
 Levantaron sus palacios;  
 Una mañana de invierno,  
 Al ir feneciendo al año  
 Que contó sesenta y cinco  
 Del sig'o que va espirando,  
 Conversaban tristemente  
 Haciendo corte á un anciano,  
 Un grupo de caballeros  
 Con semblantes consternados.



Era el viejo de est tura  
Elevada y rostro franco,  
Con bien marcada: señales  
De ser antiguo soldado;  
Por sus rugos mejillas,  
Sobre sus marchitos labios,  
Como dos sienes de plata  
Bajaba el bigote curo.

De sus miradas el brillo  
Eclipsaban á su paso,  
Lágrimas mal recogidas  
Con seca y trémula mano,  
Que algunas veces mojaban  
Un pecho condecorado  
Con la cruz más envidiable  
Que registran nuestros fastos;  
La que tiene en el anverso  
Con áureas letras grabado:  
*Treinta contra cuatrocientos,*  
En medio de un verde lauro.  
Y al empaparla unos ojos  
Que han visto el sol setenta años,  
Prueban que dolor inmenso  
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan  
En su plática al anciano  
Están ceñudos y tristes,  
Y mudos y consternados.  
—Es una maldad sin nombre.  
Les dice ¡joven! ¡Gallardo!  
¡Hijo querido!... no puedo  
Resignarme...; fusilarlo  
Con tan bella esperanzas;  
¡Tan bueno; ¡me quiso tanto!  
Cúantas veces pequeñito

Al tenerle entre mis brazos,  
Pensé, temiendo estas cosas:  
Antes muerto que soldado  
Y ya lo veis, el destino,  
La mala suerte, el acaso,  
A tener un fin tan triste  
Bien pronto le condenaron.  
¿Por qué me sobra la vida?  
¿Yo en su lugar! Está claro,—  
Y anudada su garganta  
Sigue en silencio llorando,  
Y están sin brillo sus ojos  
Y están trémulas sus manos.

En aquella escena muda  
Transcurre así largo rato,  
Hasta que haciendo un esfuerzo  
Más que grande sobrehumano,  
Levanta el rostro y procura  
Manifestarse calmado,  
Y como claras señales  
De que se domina dando,  
Dice á los que le acompañan,  
Viendo venir á caballo  
A un hombre que se aproxima  
Hacia el grupo, paso á paso:

— Cuando perdemos á un hijo  
O algún otro ser amado,  
Su figura nos recuerdan  
Muchos de los que encontramos;  
Por ejemplo aquel que viene  
Dijera que es el retrato,  
El hombre más perecido  
Al hijo que allá en Huetamo  
En unión de tatnos belgas  
Fusiló Riva Palacio? —



Y ¿quién, ya sin contenerse,  
Bajó su rostro el anciano,  
Y sin poder reprimirlo  
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos  
se abate el roble cansado,  
El roble que enantes pudo  
Burlar el golpe del rayo;  
Ese hombre que triste llora,  
Ese antiguo veterano,  
Fué en otros tiempos temible,  
Bullicioso, alegre, osado;  
*Don José Miñón*, que tiene  
Un nombre en fama muy alto,  
Y que, de los generales  
Es ya sin duda el decano.

Por eso los que le miran  
En esa edad y llorando,  
Están ceñudos y tristes  
Y mudos y consternados.

## II

De las toscas herraduras  
Se escucha entonces cercano  
El duro golpe que anuncia  
Que llega precipitado  
El jinete que al mirarlo  
Ha conocido el anciano.  
—¡Padre! ¡Padre!—grita alegre,  
A tierra veloz saltando,  
Y con raudos movimientos  
Alzándole entre los brazos.

Torna el viejo la cabeza,  
Quiere hablar, queda callado,

Abre aturdido los ojos  
Entre risa y entre pasmo;  
La cabeza del mancebo  
Oprime con ambas manos,  
Besando trémulo su frente,  
Y bañando su rostro en llanto.

Reina un silencio solemne,  
Silencio sólo turbado  
Por los sollozos convulsos  
Que bota el pecho de entrambos.  
Los del grupo enterrecidos,  
Absortos ante ese cuadro,  
Húmedos tienen los ojos  
Y la sonrisa en los labios.  
Por fin el padre pregunta  
Con acento entrecortado:

—¿Cómo vives? ¿a quién debo  
Tal prodigio, tal milagro?  
¿Cómo, si todos han muerto,  
Puedo mirarte á mi lado?—  
—¿Quién ha muerto, padre mío?  
De todos los que en Huecamao  
Estábamos prisioneros,  
A ninguno fusilaron....  
—¡A ninguno!

—Si á ninguno.  
Pues de Guerra el Secretario  
Parte oficial ha tenido....  
—El parte oficial es falso;  
Para proponer un canje  
Vengo yo comisionado....  
—¿Un canje?—

—Sí; ya usted sabe  
Que reunidos en Zirándaro  
Los prisioneros de guerra,  
Bajo palabra quedamos



Sin más custodia en el pueblo  
 Que nuestro honor empeñado.  
 Una mañana supimos  
 Que en Uruápam fusilaron  
 Los imperiales á Arteaga  
 A Salazar y otros varios.  
 Nos conmovió la noticia,  
 Y temimos consternados  
 Que espantosa represalia  
 Allí pudiera orillarnos  
 A igual suerte, y aturdidos  
 En aquel terrible caso,  
 Los oficiales y jefes  
 Belgas conmigo contando,  
 Salimos luego del pueblo,  
 Y á poco nos encontramos  
 A orillas del Zacatula  
 Y sin conocer el vado.  
 Vimos un bote, fué nuestro,  
 Y saltando en él, vogamos  
 Con la esperanza ilusoria  
 De llegar al Océano.

Conocida nuestra fuga,  
 Nos tendieron nuevos lazos,  
 Y, antes de mediar el día,  
 Al tocar en un remanso,  
 Nos hicieron prisioneros  
 Y nos formaron el cuadro,  
 Por ser orden terminante  
 Prendernos y fusilarnos.

Era el momento supremo,  
 Y nosotros resignados  
 A Dios levantando el alma  
 La voz de fuego esperamos.  
 Mas de repente, rompiendo

Por el bosque enmarañado,  
 Llega un oficial á escape  
 En un soberbio caballo,  
 Y anhelante, voz en cuello,  
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.  
 Era el que dobla tal grito  
 El comandante Velasco,  
 Que á escape y sin detenerse  
 Llegaba desde Huetamo.  
 Allí por nuestra fortuna  
 A tiempo que nos fugamos,  
 Llegó el General en Jefe  
 Que la vida me ha salvado,

Sabiendo lo que ocurría  
 Mandó suspender el acto:  
 Y que á todos nos llevarán  
 En el momento á su lado.

Veloz corrió el ayudante,  
 Y si no se afana tanto,  
 La existencia nos costara  
 Un minuto de retardo.

Nos pusieron luego en marcha,  
 Y tres horas caminamos  
 Llegando en la misma tarde  
 Al campo republicano.  
 Le dí al General mi nombre  
 Y, tendiéndome la mano,  
 Exclamó:—¡su nombre abona  
 Que es caballero y soldado!  
 Y probaré la confianza  
 Que su aspecto me ha inspirado,  
 Encomendándole lleve  
 Hasta México un encargo:  
 —“Libre va usted, que le entreguen  
 Armas, dinero y caballos,



Y al romper mañana el día  
 Partirá usted de Huetamo.  
 Lleva usted en estos pliegos,  
 Que no le entrego cerrados,  
 La suerte de muchos hombres,  
 Pues no quiero fusilarlos.  
 En esa nota propongo  
 A Bazaine un cange franco:  
 Mis prisioneros me entrega,  
 Y yo los suyos le mando.  
 Responden al cumplimiento  
 Y á la fé de es'e tratado,  
 Como Jefe mi palabra,  
 Mi honor como mexicano.  
 A México llega, y antes  
 De hablar con nadie, á caballo,  
 Sin sacudirse ni el polvo  
 Ni proucrarse descanso,  
 Al Mariscal le presenta  
 Esos pliegos que le mando  
 Y sé que si usted no vuelve  
 Será porque lo han matado.,,  
 —“Señor, contesté, yo acepto  
 Con orgullo tal encargo;  
 Iré, cumpliré y muy pronto  
 Me tendrá usted á su lado.  
 Jamás contra mi partido  
 Combatiré, pero grato  
 Hallará usted en mí siempre  
 Un hijo, nunca un soldado.”

Al rayar el nuevo día,  
 Me halló libre y caminando  
 Y tras de cinco Jornadas  
 Estrecho á usted en mis brazos.—

Ya no pudo contenerse  
 En su emoción el anciano,

Y volvió, pero de gozo,  
 A dejar correr su llanto.  
 —¿Quién es ese Jefe, dijo,  
 Tan noble y tan esforzado?  
 Quiero que suene su nombre  
 Como oración en mis labios.  
 —Ese jefe, usted lo sabe,  
 En Michoacán tiene el mando  
 Del Ejército del Centro:  
 ¡Vicente Riva Palacio!—  
 Ei vlejo, entonces, asiendo  
 Al mancebo de la mano,  
 —Ven—le dice, ven conmigo.  
 —No puedo, señor, yo traigo  
 Orden de no hablar con nadie  
 Hasta entregar.....

—Yo lo mando.....

—Pero padre.....

—Nada escucho.....

—A mis instrucciones falto.

—Como padre y como jefe  
 Te lo ordeno.

—Entonces, vamos—

Pensativo ya el mancebo,  
 Orgullosa el veterano,  
 Tras ellos el asistente  
 Conduciendo los caballos;  
 La gente al mirarlos piensa  
 Que es algún comisionado,  
 Y ellos ligeros caminan  
 Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,  
 Cruzan el extenso patio,  
 Y suben las escaleras  
 Hasta la sala llegando.



Allí encuentran departiendo  
Con otros en el estrado.  
A un caballero que muestra  
Genio afable y muchos años.

Sin saludarle siquiera  
Dice el que llega:—Mariano,  
Aquí tiene usted á un hijo—  
Y luego al joven mostrando:  
—Este el padre,— le dice—  
Del hombre que te ha salvado,—  
El joven enternecido  
Besa del otro la mano,  
Después en pocas palabras  
Le refiere el tierno caso,  
Y se abrazan los dos viejos  
Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo  
En México y á su lado,  
El otro al sayo no ha visto  
En largos y tristes años;  
Pero allí se sienten todos  
Tan contentos, tan ufanos,  
Que parece que el ausente  
En espíritu ha llegado.

## III

Han corrido tres semanas,  
Y al campo republicano  
El joven Miñón retorna  
Satisfecho de su encargo;  
Que Bazaine admite el cange  
Y está completo el tratado,  
Y el que salió prisionero  
Vuelve ya como un hermano

El cariño de los padres  
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas  
De México, entusiasmado,  
Conmovió los corazones,  
Y al oírle los soldados,  
Orgullosos se sintieron  
De llamarse Mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,  
Ni que timbre mas preciado,  
En los fastos de su historia  
Buscará Riva Palacio,  
Que las tiernas bendiciones  
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas  
Hoy que han corrido los años,  
El libro de la experiencia  
Le dirá al viejo soldado  
Que vale más en la vida  
Quitar un hombre al cadalso,  
Que vivir siglos en bronces  
Humedecidos con llanto.